

Arte y oficio de la investigación científica: cuestiones epistemológicas y metodológicas. Jorge A. González y Cicilia M. Krohling Peruzzo, Ciespal Ediciones, e-book, cc, 2019, 587pp.

(nota bene: el presente texto fue leído durante la presentación de citado libro en el marco de La feria del libro de Cd. Juárez en mayo de 2023 y, por consiguiente, está dirigido a un público amplio)

Reseña

Víctor M. Hernández Márquez
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
victor.hernandez@uacj.mx

Recibido:
2024/09/21

Aceptado para su publicación:
2024/09/29

Publicado:
2024/11/29

Esta es una obra colectiva extensa, destinada a proveer a los científicos sociales, especialmente a quienes se agrupan en las ciencias de la comunicación, de su respectivo *órganon*. Tiene la virtud de ser un libro electrónico de acceso libre que podrá ser consultado y descargado por estudiantes, profesores e investigadores de las mencionadas disciplinas. No es del todo una novedad editorial, ya que, según su hoja legal, apareció en el 2019. Pero si tomamos en cuenta los casi dos años de ausencia en las actividades presenciales debido a la pandemia provocada por el tristemente célebre Covid-19, podemos decir que se trata de un libro reciente.

Los organizadores del volumen, Jorge González y Cicilia Krohling Peruzzo, reúnen a nueve autores para tratar asuntos relacionados, como el subtítulo sugiere, con las técnicas de investigación y sus fundamentos epistemológicos. La obra se divide en dos partes de desigual extensión. La primera, dedicada a los conceptos y problemas básicos del *órganon*, corre a cargo del mismo Jorge González y consta de dos capítulos y una introducción. La segunda parte trata, a lo largo de ocho capítulos, de las técnicas habituales empleadas en los estudios sociales y va precedida por una introducción por parte de los organizadores. Cuanta además con dos apéndices a cargo del mismo Jorge González sobre dos técnicas asociadas a los temas en los cuales el autor ha hecho su trayectoria como investigador; es decir, los estudios sobre la televisión, y en particular, sobre las telenovelas y la trayectoria de los grupos sociales primarios que denominamos comúnmente *familias*.

Para los propósitos de esta reseña centraré mis comentarios en la primera parte de la obra y solo me referiré de manera incidental a las técnicas de investigación en ciencias sociales en la medida que nos remitan a ellas las cuestiones epistemológicas planteadas en esta primera parte y la introducción general. Intentaré hacer inteligible el asunto con una breve descripción histórica de las cuestiones planteadas en esta primera parte, que lleva por título “Fundamentos de la ciencia, imaginación y oficio”, y de su único apartado, que a su vez se denomina “Epistemología genética y desarrollo del conocimiento.”

La epistemología es una subdisciplina de la filosofía relativamente reciente. Surge en el siglo XIX como consecuencia de los problemas planteados en una obra crucial de la Ilustración alemana; me refiero a la *Crítica de la razón pura*. En ella, Immanuel Kant, trataba de resolver esos problemas por medio de una síntesis ingeniosa de las posiciones antagónicas previas acerca de cómo los seres humanos obtienen conocimiento. La academia identifica esas concepciones filosóficas como *racionalismo* y *empirismo*, mientras que la síntesis que intentó Kant se le suele categorizar como *idealismo*. Pero lo interesante de este asunto es que esa obra dio pie a la institucionalización de una subdisciplina filosófica que tiene, además, otras tantas denominaciones, de las cuales las más conocidas son *Teoría del conocimiento*, *gnoseología* y, la que más recuerda su origen kantiano, *crítica del conocimiento*. Ahora bien, como reza el dicho popular: “primero nace el niño, y solo después se le otorga un nombre”, es decir, primero tenemos una serie de problemas sobre qué es el conocimiento y cómo se obtiene, cómo es posible, pero solo después se agrupan y sistematizan esas

cuestiones para crear una nueva disciplina que se ha de encargar de investigarlos de manera sistemática.

Lo importante aquí es que no se trata de un hecho aislado. Todo lo contrario, es parte de una doble tendencia que a mi juicio no ha sido asimilada del todo en su justa dimensión y trascendencia. En primer lugar, porque forma parte del proceso de especialización de la filosofía que nos es familiar hoy en día, y en segundo, porque en este mismo proceso la filosofía sufre también desprendimientos cruciales, no solo porque de allí derivan las llamadas ciencias naturales, sino también las *ciencias sociales*. Pero más aún, porque la misma epistemología, teoría del conocimiento, crítica del conocimiento o gnoseología sufre también, durante el siglo XX, un proceso que el filósofo norteamericano Quine y otros, han denominado, *la naturalización de la epistemología*. Con esto se quiere indicar que los problemas filosóficos del conocimiento reciben un tratamiento científico de tal suerte que la epistemología abandona su carácter filosófico para convertirse en una ciencia, cuyo objeto de estudio se dice, es la ciencia misma. Sin embargo, dicho así de manera un tanto apresurada es inexacto habla de una sola ciencia de la ciencia, puesto que esta tendencia creciente hacia la especialización ha traído como resultado una serie de ciencias o subdisciplinas científicas que se ocupan, desde distintas ópticas, de la manera como los seres humanos producen y transmiten conocimiento. Y entre esas nuevas disciplinas se encuentra precisamente la llamada *epistemología genética* de la cual se sirve Jorge González como marco teórico, aunque no de manera exclusiva. Por lo pronto debo decir que la epistemología genética es una subdisciplina de la psicología que en la actualidad tiende a ser absorbida dentro de lo que se denomina *psicología cognitiva*, que a su vez tiende a desaparecer dentro de un archipiélago de teorías interdisciplinarias que se conocen como *ciencias cognitivas*. Esto quiere decir que estamos hablando de un campo de conocimiento, sobre el conocimiento, muy dinámico, en constante crecimiento y transformación.

Ya he sugerido que Jorge González no solo se vale de la epistemología genética como marco de referencia, aunque solo haga su reconocimiento de manera manifiesta y reiterada a esta subdisciplina de la psicología. Esto es claro cuando señala: «...nunca está de más repetir que en cualquier metodología (quiera asumirse así o no) siempre están presentes todas las categorías del proceso de investigación: la *epistemología* (las tomas de posición frente a un objeto y frente a la sociedad); la *teoría* (como sistema de transformaciones), los *métodos* (como dispositivos de segundo orden para procesar observables); y, las *técnicas* (entendidas como paquetes tecnológicos que producen observables y no solamente “recolectan datos”)» (22).

Entender la epistemología como “las tomas de posición frente a un objeto” remite a los enfoques filosóficos del conocimiento y, hasta cierto punto, a la epistemología genética, pero entender la epistemología como “las tomas de posición frente a la sociedad”, remite a otra subdisciplina científica, la sociología del conocimiento, la cual se hace presente aquí y allá en el enfoque de Jorge González por medio del sociólogo francés Pierre Bourdieu. Por consiguiente, la coexistencia de un doble enfoque epistemológico, uno de los cuales se halla *in absentia*, mientras que el otro se halla *in presentia*, podría dar entender la subordinación del primero al segundo. Pero no es así, si tomamos en serio la intención del autor de “provocar” con este libro de metodología de la investigación «cambios en la cultura científica dentro de las universidades» (22).

Sin embargo, al menos así me lo parece, el autor asume el enfoque de la sociología del conocimiento de manera un tanto intuitiva, debido a su derivación de enfoques asociados con la epistemología genética. De allí que se pase de cuando en cuando del singular al plural, de sentido común al sentido técnico en el uso de ciertas categorías, de tal manera se pueda hablar indistintamente de la *sociedad* como de las *sociedades*, de la *cultura* como de las *culturas*. Lo mismo ocurre con los problemas tal como se formulan en cada una de las disciplinas epistemológicas, lo cual es evidente en relación con la misma epistemología genética, ya que según el autor trata de responder a las preguntas ¿qué conocemos?, ¿cómo conocemos?, de tal suerte que desde el punto de los planteamientos, la epistemología genética se vuelve indistinguible de la epistemología filosófica, cosa que no le hace justicia a Piaget en su intento por desligar sus investigaciones de toda sospecha de ser un poco más que filosofemas, como a sus intentos por ubicar cierta etapa del desarrollo cognitivo como similar a las posiciones de los primeros filósofos griegos (en concreto, cuando la asimilación egocéntrica, propia del pensamiento animista, da paso a la asimilación racional, 68).

Es verdad que varios pensadores, sobre todo filósofos, un tanto a la defensiva ante la crítica de Piaget en *Sabiduría e ilusiones de la filosofía* (1970), se dieron a la tarea de asimilar la epistemología genética a las formas tradicionales de la teoría del conocimiento filosófica, y mostrar con ello, que la distancia entre una y otras era menor a la que Piaget había aspirado. También es cierto que este hecho, el que Piaget no hay podido deshacerse del todo del vocabulario filosófico heredado, forma parte de los rasgos que a menudo acompañan la formación de nuevos campos del saber, cosa que me parece está presente, aunque formulado de manera distinta, como una de las tesis relevantes de *Psicogénesis e historia de la ciencia*, de Jean Piaget y Rolando García, que también Jorge González retoma como parte de su trasfondo epistemológico.

Esto puede parecer una enorme ironía, pero no lo es si asumimos que existe una línea invariable y nítida entre lo que denominamos *conocimiento científico* y la filosofía. Al suponer tal cosa se incurre en inexactitudes que pasan de un libro a otro con un cierto aire triunfal y del cual el apartado que comento no está exento. Esto es evidente cuando se refiere a las epistemologías empiristas y a las apriorísticas propias de la Modernidad como *especulativas*, en sentido peyorativo, es decir, como teorías del conocimiento producto de meras elucubraciones mentales ajenas a cualquier tipo de control experimental. Por ejemplo, sostiene que:

«... para la epistemología genética el acto de conocer las nociones de espacio y tiempo, no depende ni del objeto, como es el caso del empirismo, ni solo del Sujeto, como es el caso del apriorismo, sino que depende de la interacción del sujeto con el objeto mediante una acción de conocimiento. Solo podemos conocer accionando sobre los objetos», 39.

Sin embargo, el vocabulario *sujeto-objeto* es ajeno a Descartes, Leibniz y Spinoza como lo es para los empiristas como Bacon y Hume, como lo puede constatar todo aquel que se haya asomado directamente a la obra de cualquiera de estos pensadores, o simplemente haya advertido que el léxico aparece solo con Kant y luego se extiende por todas partes gracias a esa nueva subdisciplina llamada *teoría del conocimiento o epistemología*.

Al abrir al azar los *Principios de la filosofía* de Descartes se puede leer: «Si deseamos desterrar los prejuicios adquiridos a partir de nuestra infancia, es preciso considerar lo que hay de claro en cada en cada una de nuestras primeras nociones» § 47.

Gellner y otros antropólogos y sociólogos ha visto en este pasaje y otros similares, el ataque de Descartes a la tradición, la cual pensaba con cierta razón como la fuente de la cual se nutren los prejuicios que impiden el avance del conocimiento, pero al mismo tiempo estaba dando la pauta para el surgimiento de una nueva tradición de pensamiento que solo hasta el siglo XIX cobraría de forma completa con los rasgos que distinguen a las ciencias de otras formas de conocimiento. Sin embargo, este tema aparece tratado de manera un tanto descuidada, en gran medida porque se hace eco de algunos científicos sociales que no han digerido del todo de manera correcta los resultados de la sociología y antropología del conocimiento, como ocurre con la insistencia en que el conocimiento se construye “de manera situada”, como si hubiese forma de escapar de la posición, geográfica u cultural, de quien investiga, pero al mismo tiempo, perdiendo de vista que no es la *situación* particular de la que parte el investigador en donde se funda el valor cognitivo de su empresa, sino justo en la posibilidad de que sus resultados alcancen el suficiente grado de intersubjetividad para cumplir con los valores epistémicos que la “nueva” tradición de pensamiento ha instaurado de manera lenta pero firme desde que la humanidad usó el movimiento de los planetas para orientarse en el mundo y con ello elaborar la siembra, la domesticación de los animales y todo lo que vino después.

En fin, un lector atento puede evitar equívocos en las interpretaciones que se hace de ciertas afirmaciones, pero me temo que un lector menos diestro puede formarse numerosas opiniones erróneas sobre lo que se dice aquí y allá a lo largo de este apartado fundamental y, por consiguiente, lograr un resultado contrario a los objetivos iniciales de los editores.

Víctor M. Hernández Márquez
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez